

NORA AVARO

En La Salada

1969-1974





EN LA SALADA • 1969-1974
Primera edición: agosto de 2022

© Nora Avaro, 2022

© mini • Bulk editores, 2022

Girón de las Palmas 1295, Ñuñoa
Santiago de Chile
bulkeditores@gmail.com
www.bulkeditores.com

Imagen de tapa: Daniel García • «Sin título (sapito)», 2022
[@danielgarcia1958](https://www.instagram.com/danielgarcia1958)

Impreso en Chile & Argentina • *Printed in Chile & Argentina*

ISBN 978-956-6162-04-9

Derechos reservados.



bulk editores

[*la densidad aparente en el papel*]

NORA AVARO

En La Salada

1969-1974



*Cuanto le aconteció a ese mínimo personaje
que trato de rescatar carece de interés, pero
vuelve como transfigurado y sostenido por el
prestigio adicional del tiempo.*

CARLOS MASTRONARDI
Memorias de un provinciano



Mi abuelo Paco murió el 15 de junio de 1971 en Luis Palacios, Estación La Salada, departamento San Lorenzo, provincia de Santa Fe. De visita en nuestra casa, salió bien temprano hacia Rosario, donde vivía y trabajaba, para cumplir con unos fletes. Mi abuela Tata también madrugó, le cebó unos mates y lo despidió hasta el momento en que él volvería a buscarla. Naturalmente la Tata dio el regreso por hecho. Calculó en base a la cantidad de fletes una hora aproximada: las 12.30. Almorzaríamos todos juntos, dormirían una breve siesta y partirían a Rosario antes de que oscurezca.

Todavía era noche cuando mi abuelo Paco salió de casa. Limpió la escarcha del parabrisas, subió al Rastrojero azul, lo puso en marcha y calentó el motor unos minutos para andar sus últimas cinco cuadras de tierra. Pasó por la Biblioteca Popular Almafuerite, el salón comunal y la comuna; por el almacén de ramos generales de Vesco y la plazoleta equilátera, en cuyo baricentro se levantaba, desde 1966, el busto «del propulsor y benefactor de la zona» Juan Pablo Ravena Palacios, obra del escultor rosarino Erminio Blotta. Dobló a la izquierda, dejó atrás la plazoleta, a Ravena Palacios y a Blotta, sin saber ni importarle quiénes eran ni por qué habría que recordarlos. Subió

la lomita, y al cruzar el paso a nivel del este el tren lo arrasó. Tenía sesenta y dos años. El pelo y el bigote negros de la loción Brillante que se pasaba cada mañana; incluida la que murió.

Mi papá era el médico del pueblo. Cuando, «doctor, doctor», vinieron a tocar la ventana para avisarle que había un accidente en las vías, se despabiló al instante, se vistió a las apuradas, levantó la cortina metálica del garaje, sacó el Citroën gris y anduvo las mismas póstumias cinco cuerdas de tierra. Biblioteca, salón, comuna, almacén, plazoleta, Ravena Palacios, Erminio Blotta, lomita y paso a nivel. Mi abuelo Paco yacía inconsciente sobre el pasto blanco, las señoritas de la panadería Pesetti, vecinas contiguas a las vías, y un camionero que también iba cruzarlas, lo habían sacado del Rastrojero. Estaba sorprendentemente intacto, sin heridas graves a la vista. Lo cargaron en el camión y partieron hacia el hospital Eva Perón de Granadero Baigorria, donde mi papá había trabajado un tiempo como residente. Pero mi abuelo Paco murió en el camino. Lo demás, lo que vino después y hasta esto mismo que acabo de escribir, no puede ni siquiera empezar a contarse, aunque el recuerdo electroshockeó por siempre, de tanto en tanto y con nitidez extraordinaria, a la esposa, tres hijos, cuatro nietos, dos nueras y un yerno que sobrevivieron al abuelo Paco y, hasta el día de hoy, aunque más esporádico como es lógico, a los pocos que quedan vivos, porque los muertos, como también es lógico, no pueden recordar.

Para que mi abuelo Paco, nacido en Laroles, Granada, Andalucía, España, el 16 de marzo de 1909, muriera un 15

de junio de 1971 en un paso a nivel de La Salada, Santa Fe, Argentina, debieron pasar infinidad de cosas. Una de las inaugurales fue la ley del 2 de setiembre de 1886 por la cual la provincia concedió a Santiago Temple la construcción de un ferrocarril de trocha angosta que uniera las ciudades de Córdoba y Rosario. La ley de jurisdicción santafesina cubriría el tramo Rosario-San Francisco hasta el límite interprovincial, incluido un ramal de San Francisco a Rafaela. Tres meses después, el gobernador José Gálvez, el ministro de Gobierno Juan Manuel Cafferata y el inglés Temple firmaron un contrato de catorce artículos. Uno de ellos exoneraba al emprendimiento de todo impuesto por el término de veinte años y lo premiaba, en calidad de compensación, con cincuenta leguas cuadradas de campo fiscal.

Casi de inmediato, sin atornillar ni una placa de asiento a un durmiente, Temple transfirió la obra a John G. Meiggs Son & Cía., empresa que inició la construcción de todos los ramales santafesinos junto a la contratista Hume Brothers. Así, de las Alpujarras a la Pampa Gringa, mi abuelo Paco vino a morir en unas vías irónicas, tendidas por unos hermanos de apellido homónimo al del corpulento y perplejo David, bibliotecario, historiador y filósofo escocés que, hacia 1740, declaró tan ilusoria como arrogante la idea de *necessary connection* entre hechos sucesivos.

Aunque a poco de abrir su panadería, las señoritas Pesetti observaron espantadas cómo un tren arrollaba un Rastrojero, no hubo entre tren y Rastrojero una conexión necesaria de la

que se pudiera colegir la muerte accidental de mi abuelo Paco. Las señoritas Pesetti tuvieron solo impresiones sucesivas, el silbato sobresaltado del tren, el avance del Rastrojero sobre las vías, el impacto metálico; sin contar, claro está, la mirada de impresiones secundarias que hubo entre una y otra de las principales. Ninguna de estas impresiones, ni las secundarias, el rumor tibio del pan cayendo de la bolsa a la gran canasta, ni las principales, el chirrido gélido de las ruedas contra las vías, estuvo necesariamente conectada a la otra. Lo único que las señoritas Pesetti percibieron la mañana oscura del 15 de junio de 1971, en que mi abuelo Paco salió de mi casa para morir en el paso a nivel del este, fue el curso entre el movimiento del tren y el encuentro bruto con el Rastrojero. Lo único que las señoritas Pesetti percibieron fue esa sucesión, pero nunca, aunque no se cansaran de asegurarlo hasta muchos años después, y sin derecho a suponerla, tuvieron ni tendrían la idea *of necessary connection* entre una impresión y otra. El pan, la canasta, el tren, el Rastrojero azul de mi abuelo Paco: hechos continuos pero jamás motivados. Y si estiro ahora hacia atrás la vía del tiempo causal, ilusoria y arrogante, de fundamentos refutados pero convincentes, gracias al escocés David Hume el inglés Santiago Temple podría ser exonerado de la mayor tragedia de nuestra familia.

Desde el día en que murió mi abuelo Paco, y hasta que nos fuimos de La Salada tres años después, nunca más cruzamos las vías por el paso a nivel del este, ni le compramos el pan a las señoritas Pesetti. Aunque desde nuestra casa era el

trayecto más corto para salir del pueblo hacia la ruta, mi papá cumplía el rodeo necesario para cruzar con el Citroën por el paso a nivel del oeste. Pasábamos por delante de la casa de los Marzoratti, la caja de crédito, la plazoleta isósceles Sarmiento, la carnicería de Santos Castagno, el almacén de ramos generales de Breciaroli, el taller mecánico de Iglina, el juzgado de paz de Macat, la comisaría, el bar de Brarda, el almacén de ramos generales de Mazzetti, la plaza equilátera Froilán Palacios, el bar de Anita Barile, el club Los Once Unidos y salíamos a la ruta 34 camino a Rosario.

Lejos de evitarla, el rodeo nos traía, con tanta más violencia que si no lo hubiéramos cumplido, la muerte inconcebible del abuelo Paco. Durante las cinco cuerdas de más que el Citroën recorría para desviarse, un mutismo extenso y tirante irradiaba hacia nosotros desde el otro paso a nivel y nos envolvía en un remolino cuyo vórtice glacial de ultramagnitud fluía hacia el asiento delantero derecho, hacia el luto ardiente de mi mamá, y culminaba en el momento en que pasábamos las vías saltando al ritmo salpicado de los rieles, los tirantes y los amortiguadores. Ese Maelström en sordina que era nuestra familia desde la muerte del abuelo Paco recién empezaba a disminuir, aunque sin disiparse del todo, cuando, ya en el asfalto, dejábamos atrás la gruta de la Virgen, cruzábamos el puente del arroyo y veíamos perfilarse las paredes blancas del cementerio, donde, por fortuna, porque no me explico cómo íbamos a eludirlas, no estaba sepultado el abuelo Paco.

I

EL SERVICIO DE trenes se inauguró en 1891, pero ya bajo la londinense The Córdoba and Rosario Railway Company Limited. Entre las estaciones ferroviarias habilitadas desde entonces está la de La Salada, a la que, unos años después, se llegaba partiendo de la de Rosario Oeste y pasando por las de Empalme Graneros, Nuevo Alberdi, Ibarlucea y Dr. Vicente A. Echeverría. Más allá de la estación La Salada, cruzando el puente de hierro por sobre el río Carcarañá, seguían las de Lucio V. López y Salto Grande, en la que solíamos bajar Marina y yo del tren dominguero ya no sé hoy, aunque eran altas, con qué expectativas.

Como la del Ferrocarril Córdoba y Rosario o, cuando se amplió hacia Buenos Aires, Ferrocarril Central Córdoba, o, cuando Juan Perón unificó la trocha angosta, Ferrocarril Belgrano, la historia del nombre de la estación y el pueblo alcanza la muerte de mi abuelo Paco. ¿Dónde murió? ¿En el Desmochado Abajo antiguo?, ¿en el San Luis efímero?, ¿en el Luis Palacios oficial?, ¿en La Salada costumbrista?

Las fechas de la fundación del pueblo varían, según se trate de uno u otro estudioso local. Todos coinciden en 1891, el año de la inauguración del ferrocarril, pero van del 30 de mayo al 10 de noviembre, pasando por el 17 de octubre, cuando el Departamento Topográfico de la provincia aprobó la

traza urbana. Por razones quizá retrospectivas, esta es la fecha elegida por Rosa Zurlo de Facca, mi maestra de tercero y cuarto grado, y hoy mi fuente más preciada.

Los señores Luis Palacios e Indalecio Gómez, en año cierto pero en día y mes opinables, con el objeto de vender a virtuales colonos parcelas apreciadas por la inminente conexión ferroviaria, donaron al Estado unos lotes de las tierras de Desmochado Abajo, para que se levantaran, en el kilómetro 394 del ferrocarril, los edificios de una escuela, un juzgado de paz, una comisión de fomento, un lazareto, un cementerio y una iglesia que en conjunto formarían el pueblo llamado San Luis.

Desde el principio nomás, Luis Palacios le fue ganando la partida postrera a Indalecio Gómez, cuyo nombre de pila no contaba con un santo francés, majestuoso y cruzado como el de su cofundador sino con un mero obispo hispano que un mal día del siglo I echaron al mar, aunque entre sus socorros constase uno benigno para la región: «san Indalecio, protector de la cosecha». Para rematar la toponimia en un par de lances que desplazaron por siempre a Indalecio y consolidaron fundación y bautizo, el 15 de noviembre de 1891 la estación ferroviaria de San Luis tomó el nombre de Luis Palacios. Luego, en el río del tiempo, sin fecha ni designios claros, el de la estación pasó al pueblo, y el del santo rey se hundió, como el del obispo rival, en el mar del olvido.

Indalecio Gómez no aparece en el primer censo de la provincia de Santa Fe levantado por Gabriel Carrasco en 1887.

De los 1251 Gómez, ninguno se llama Indalecio, de los dos Indalecios, ninguno se apellida Gómez, por lo cual, si se confía en el muy confiable Carrasco, hay que dar por hecho que nuestro Indalecio llegó al departamento San Lorenzo después de 1887. En cambio, de los 133 Palacios, hay dos Luises: uno de dos años, y el que importa, padre del de dos, de treinta y siete, censado en la zona rural de la Colonia Jesús María (hoy Timbúes) como «jefe de familia», nacido en la provincia, de profesión «agricultor», católico y analfabeto. Los datos de otro Palacios, Froilán, que también daría nombre a un pueblo, el actual Salto Grande, a una plazoleta y a mi Escuela Fiscal n° 237 de La Salada, son algo similares a los de Luis pero con notorios contrastes: aunque figura como «estanciero» no vive en el campo, hacia la época de la fundación de San Luis es uno de los primeros y activos pobladores de la villa San Lorenzo y, además, sabe leer y escribir. La diferencia entre ambos Palacios se mide en concretísimas leguas cuadradas, en horas ociosas y laborables, y en alcurnia familiar. Aunque a salvo están los dos de ser registrados en las estadísticas de Carrasco en los rubros «alienados», «locos», «dementes», «cretinos», «imbéciles», «estúpidos», «opas» y aun en «etc.», mientras Froilán es hijo de Nazario, un jefe de distrito y hasta, si no se trata de un homónimo, un héroe de la batalla de San Lorenzo, Luis es hijo poco más o menos que de nadie. En un documento impreso, sin datos bibliográficos, reproducido con su fotografía en el estudio histórico de Zurlo de Facca, se lo encarece así:

Tuvo visión del porvenir. Contrariamente a los que poseen enormes extensiones de tierra sin cultivar, mientras millares de seres carecen de lo indispensable para sacar del suelo el pan nuestro de cada día, don Luis Palacios, en medio de la rusticidad de su vida, tuvo la certera iniciativa de dividir sus campos para que ellos dejaran de ser improductivos y permitieran la formación de un pueblo.

La zona de Desmochado Abajo en la que se asentaron las primeras instituciones del pueblo estaba ubicada al sudeste del Carcarañá, donde la línea del río sube para finiquitar su curso por la caña de la «bota ganadera», como llamó Carrasco a la provincia en 1881, y poco antes forma con el Paraná los lados aproximados de un triángulo que se alargan en un copete hacia el vértice superior de su desembocadura. Hasta casi finales del siglo XIX, los límites de los cuatro Desmochados, Abajo, Arriba, Centro y Afuera, en los actuales departamentos San Lorenzo, Iriondo y Caseros, tenían al innavegable río Carcarañá como accidente geográfico regente y a la Posta del Desmochado como insigne referencia histórica. El 1 de marzo de 1821 el viajero inglés Alexander Caldcleugh, viniendo de la posta Calendaria y para seguir camino hacia las de Arequito y Guardia de la Esquina con destino a Chile, describió así sus comodidades:

Llegamos a Los Desmochados a las nueve y cinco. Formaban la posta varios ranchos de barro con comodidad para pasar la noche. El moblaje —si merece

llamarse así— de todas estas casas en que me tocó entrar, estaba formado por dos o tres cueros de buey estirados cada uno sobre cuatro postes clavados en el suelo; servían de cama y a veces de mesa; también había dos o tres bancos, más propiamente asientos, formados por cabezas de vaca. Entraba ya en la zona de territorio invadida últimamente por los indios; la posta estaba rodeada por una doble empalizada con foso y un cerco de tunas muy espeso.

Tres años antes, en 1818 según lo cuenta en sus memorias, el general José María Paz entró a Santa Fe desde Córdoba, al tranco de sucesivas escaramuzas con Estanislao López, y llegó puntualmente «a las casas del Desmochado propiedad del hacendado Gallegos», con el sumo propósito de «socorrer a doña Remedios Escalada, esposa del general San Martín, que hacía su viaje a Buenos Aires y que según noticias estaba sitiada en dicha posta por montoneros e indios». De no ser rescatada por el manco Paz, la bella Remedios le habría dado, como cautiva celeberrima en la posta del Desmochado, un vuelco melodramático a la historia y el romanticismo patrios. Sin esta trascendencia nacional, sus zozobras entre cueros de buey y cabezas de vaca alcanzaron un área de influencia más modesta, de unos sesenta kilómetros a la redonda, y arraigaron en las coplas de «La viajera», de Evaristo Aguirre, el historiador amateur de *Los Desmochados*. Pretendí escucharlas en YouTube, pero ni Google llegó tan lejos. Copio acá un par de estrofas: «Trayendo a Doña Remedios/ por los campos desolados/ ya se divisa el mangrullo/ van llegando al

Desmochado [...] Rodeados de federales/ que triste estaba el paraje/ pasaron la noche en vela/ esperando algún mensaje».

En 1887 Carrasco registró en su censo 120 habitantes de Desmochado Abajo. Cada uno de ellos con su nombre, sexo, edad, parentesco, instrucción, estado civil, religión, nacionalidad, ocupación, situación laboral («es patrón, oficial, dependiente o qué es»); si mujer, cantidad de hijos; si casada o viuda, años de matrimonio. En el censo nacional de 1895, cuatro años después de la fundación, San Luis ya no figuraba en el conteo oficial, y Luis Palacios tenía 333 habitantes urbanos y 480 rurales, un total de 763. El censo de 1914 arrojó unos prodigiosos 3456 habitantes totales, 2241 varones y 1215 mujeres, 1940 argentinos y 1516 extranjeros, cifras del todo improbables a menos que se crea que, en el término de veinte años, Luis Palacios cuadruplicó su población, atrajo a súbitas familias de diversos orígenes para luego repelerlas con igual fuerza, medidas ambas en exactos newtons y número de miembros; o que los señores estadísticos Alberto Martínez, Francisco Latzina y Emilio Lahitte multiplicaron por cuatro al ferretero Godofredo Croci, al albañil Teófilo Rosales, al abastecedor Pantaleón Farías, al arrendatario Florindo Rullo, al zapatero Juan de Filippo, al sastre Rafael Celso, a la pulpera Virginia de Bellini, al peluquero Teodoro D'Amico, al maestro Rafael Carrillo, al herrero Manuel Zos, diez pobladores de muestra que sumaron cuarenta en números redondos y que, con su profusión cívica, inflaron el padrón argentino. En 1947, Luis Palacios no figura en «población de los centros

urbanos clasificada por sexo, origen y población total», ni en «centros urbanos de menos de 2000» ni, ya en rubros demonizados que complacerían a cierta enciclopedia china, en «centros urbanos que se conocen con distinto nombre al mencionado en el siguiente cuadro»; de modo que, según el cuarto censo nacional, sus culminantes 3456 pobladores contados y cuaduplicados en 1914 se desvanecieron, treinta y tres años después, junto con sus casas, ranchos, corrales, plazoletas, estación ferroviaria y con el nombre que los cobijara. En 1960, hay 1564 habitantes, 863 varones y 701 mujeres. En 1970 el pueblo no aparece, o no supe encontrarlo; sin embargo, mi papá al teléfono, sin consultar ni las páginas web del INDEC y el IPEC que ya agoté y me agotaron, ni biblioteca alguna, como si a lo largo de casi cincuenta años hubiera repetido la cifra cada noche en la invocación laica de sus mejores días, me asegura, hoy, sábado 18 de marzo de 2017, que Luis Palacios tenía un total de 1435 habitantes, de los cuales 702 eran urbanos. Entre las estadísticas de 1960 y las de 1970 llegamos a La Salada mis padres y yo y nació mi hermana: sumamos un varón y tres mujeres extensivos a una población en franco declive. Según el último censo del 27 de octubre de 2010, día en que murió Néstor Kirchner, el pueblo con su colonia tenía 1035 habitantes, 114 menos que en el censo del 18 y 19 de noviembre de 2001, levantado un mes antes del estallido y la represión.

El cuento toponímico del Desmochado Abajo concluye el 27 de julio de 1903, cuando el ministerio de Obras

Públicas de la Nación, con el fin de evitar «los inconvenientes que resultan de la semejanza de nombre de algunas estaciones de ferrocarriles», resolvió sustituir tres nomenclaturas: Palacios por Los Molinos, Froilán Palacios por Salto Grande y la que importa en nuestra propia línea de postas: Luis Palacios por La Salada.

Para mi familia, ampliada a abuelos, tíos y primos de la rama Avaro y de la rama Fernández, que supo de la existencia del pueblo solo porque nosotros nos mudamos ahí, y para todos sus habitantes, al menos en el lapso que va de marzo de 1969 a diciembre de 1974, nunca hubo dudas: al margen de cualquier resolución ministerial o anales improbables, llamamos al pueblo y a su estación «La Salada», aunque en esa tozudez arriesgáramos su identidad impar en un mar de tierras y aguas argentinas del mismo nombre. «Luis Palacios» era de uso oral con extraños y cumplía una función accesorio y, al cabo, insuficiente, al deslindar nuestra Salada de las demás, «¿Pero cuál Salada?», «La Salada, Luis Palacios», «¿pero cuál Luis Palacios?»... También era de uso postal, aunque en el sobre nunca faltaba la indicación inversa «Luis Palacios (Estación La Salada)». Derecho administrativo y consuetudinario se complementaban para que tampoco Luis corriera la suerte de Indalecio o se confundiera con Froilán o con Pedro. Era un nudo rutinario de aclaraciones al que había que someterse. Y siempre con un dejo de tristeza, añoranza de lo que nunca se ha tenido: un nombre geográfico especial, tan incomparable como el lugar que designa. Uno como el

de Venado Tuerto, por ejemplo, que contiene en dos palabras el lugar y su leyenda; o eso pretendía mi papá que, cuando años después nos mudamos ahí, estaba pronto a relatarla. «¿Qué hay en un nombre?», se preguntó Julieta Capuleto, tan resuelta ella a creer que: nada. Es decir: una tragedia.

Para equilibrar tanto enredo nominal, la época que vivimos en La Salada las calles directamente carecían de denominación. A los números de manzanas oficializados en el deslinde del pueblo, no había seguido ninguna otra nomenclatura. Quienes las caminaban a diario no podían sufrir menos esa falta. Sus indicaciones, cuando eran necesarias y, en verdad, nunca lo eran, podían lograr máximas justeza y enlace: se apoyaban en uno o dos puntos al tanto, vueltos en ese simple acto referencias, para así señalar el domicilio buscado: enfrente de don Pastor, al lado de Edith Aranda, en la esquina de Colautti, un poco más allá de los silos de Vesco, a los fondos de Neli Lucas, entre la sodería de Baroli y la panadería de María e Indalecio Marsili, a dos casas de don Tricárico, atrás del dispensario, la cuadra que precede a la Escuela, en diagonal al juez Macat, de la mano de la parroquia. Cada habitante de La Salada conocía a todos los demás habitantes de cada vivienda y aun a los históricos, a los mudados dentro del pueblo y a los desertores, agentes ingratos de la merma poblacional. Nadie iba a preguntar en qué calle quedaba qué o quién, bastaba el apellido de su morador para saber de inmediato el domicilio. Nuestra primera casa, con el consultorio de mi papá, había sido de Gómez Bolcato, el

médico anterior, y como solo la alquilamos el tiempo que llevó construir la propia, no alcanzamos a darle nuestro nombre. Para todos, aun para nosotros, siguió siendo la casa de otro, de modo que, ante la primera dolencia local, las señas inaugurales del consultorio de mi papá fueron las siguientes: «¿Adónde queda lo del doctor Avaro?», «En lo del doctor Gómez Bolcato».

II

UNA MAÑANA DEL mes de febrero de 1969 mi mamá y mi papá se apearon del colectivo de la línea Gral. Güemes que los traía desde Rosario, al costado de la estación del ferrocarril, y observaron, por primera vez, en una panorámica de 360 grados, el pueblo donde íbamos a vivir por cinco años. La panorámica era posible desde cualquier punto de una localidad que no había seguido, ni por acaso, la traza urbana convencional con su plaza mayor y su centro cívico-religioso, y donde las casas se desparramaban sin concierto dejando entre unas y otras extensiones vacías, como si algún dios rural y subalterno, después de agitar su cubilete, las hubiera lanzado sobre un área ínfima de la Tierra, tan ínfima y fácil de olvidar hasta, o sobre todo, por su propio creador, y cuyos dados más retirados, casi como dos ermitas, habían resultado los edificios de la iglesia y de la escuela, cada uno a un lado de las vías, en los extremos de la diagonal norte-sur.

Desde la estación ferroviaria, sin desplazarse más que unos dos o tres metros hacia los costados y dando en cada breve tramo esa vuelta completa, podía observarse casi todo el pueblo. La mirada pasaba entre las pocas construcciones, saldando en los terrenos ociosos lo que ellas tenían de estorbo, para llegar a una fracción de horizonte. Desde cualquier punto y en toda caminata, el horizonte nunca le faltó al

pueblo. ¿Dieron mis padres en la estación La Salada esa vuelta completa la mañana ardida de 1969? Tal vez sí, y después de cada giro, ¿se preguntaron para sí mismos, y ocultando su desazón como es típico en nuestra familia, por cuánto tiempo y cómo iban a sobrevivir en ese rectángulo olvidado hasta y sobre todo por su dios creador?

Aunque eso sí que no podía verse desde cualquier punto del pueblo, el rectángulo olvidado y de intervalos hipotéticos tenía límites administrativos clarísimos, fijados —según Zurlo de Facca— en 1907, cuando se creó la primera comisión de fomento bajo la presidencia de Sixto Acosta. Desde entonces, el poblado más su colonia rural limitan al este y un poco al noreste con el río Carcarañá, que los separa de los distritos de Lucio V. López y Pueblo Andino; al norte con el de Aldao; al oeste con el de Ricardone y un pedacito del de Ibarlucea; y al sur con los de Carcarañá, San Jerónimo Sud y Roldán.

El trazado urbano en damero de La Salada, muy alterada su geometría por el desconcierto residencial, tenía, hacia 1969, unas siete cuadras de ancho por unas diez de largo en línea con la ruta 34. Las vías atravesaban el rectángulo en diagonal de este a oeste, abrían en su trayecto amplios terrenos de pastos, espinillos y eucaliptus —parte de las antiguas cincuenta leguas cuadradas que José Gálvez le otorgó a Santiago Temple—, solo ocupados por la Estación, la casa de Neli y don Lucas, el jefe de la Estación, con sus techos ingleses de teja a dos aguas rematados por cenefas de madera;

los galpones del ferrocarril; las palancas de señalización; y los dos pasos a nivel sin barreras, el del oeste y el crucial del este, distante uno de otro unas cuatro cuadras centrales, ambos anunciados por el cartel en cruz que mi abuelo Paco pasó por alto la mañana del 15 de junio de 1971: «CUIDADO CON LOS TRENES. PARE MIRE ESCUCHE».

La diagonal de las vías componía, en su corte, cuatro plazoletas linderas, todas consecuentemente triangulares, dos del lado norte, pequeñas, y dos del sur: la de Ravena Palacios y la isósceles Sarmiento, la principal, la única con mástil, en cuya base externa mis padres construyeron, hacia 1972, su primera casa propia, de modo tal que césped, árboles, arbustos, flores, glorietas, faroles, bancos, busto y senderos fiscales hermo세aban nuestro jardín delantero donde, a un costado, escondido en la fronda del gran ciprés, durante las bravas siestas estivales dormitaba junto a sus herramientas don Esteban, el placero comunal.

Desde sus inicios el pueblo no contó con una plaza cuadrada, de manzana entera, con un centro cierto donde levantar el San Martín ecuestre o, con mayor provecho regional, a Remedios de Escalada tremolante en la posta del Desmochado; tampoco donde rondar después de comulgar en misa, ir a la escuela, tramitar en la comuna, el juzgado de paz, el correo o la comisaría. Los organismos clericales o civiles se esparcieron en un anarquismo edilicio que no convenía a sus doctrinas. Si uno llegaba por la ruta 34 desde el oeste, desde Lucio V. López, lo primero que veía era una iglesia

sola, en mitad del campo, expuesta a las auroras, lluvias y sudestadas; y, si lo hacía desde el este, era la gruta de la Virgen, un teatrillo de tejas, con su cuarta pared abierta al viajero, donde el poblador devoto dejaba sus exvotos. Entre los extremos apostólicos romanos —ambos financiados por apellidos ilustres, bien inscriptos en el relieve metálico de las placas fundantes: Gardella, Vesco, Tricárico, Mangiaterra, Baroli, Castagno, Moriconi—, La Salada zarandeaba sus edificios públicos: la comisaría y el correo, del lado norte, al costado bueno de las vías; del lado sur, la escuela a la que el pueblo entero le daba sus fondos de patios, huertas, jaulas de conejos, chiqueros y gallineros donde acechaba la comadreja; comuna y juzgado de paz, también del lado sur, en inmuebles sin referencias ni arquitecturas distintivas. Como por algún desenlace histórico o arcano, ninguna de todas estas instituciones quedaba frente a una plaza; sí, en cambio, la casa nueva del doctor Avaro, que desde 1972 a 1974 casi quedaba adentro.

Depende desde donde se mire, pero mejor mirar desde La Salada, la ruta nacional 34 de 1488 km, principalísima de la comarca, que bordea el rectángulo del pueblo y dibuja un poco más allá de su ángulo norte una curva cerrada —causa de muchos otros accidentes que también urgieron a mi papá en medio de la noche—, trajo y llevó a mis padres en el colectivo Gral. Güemes desde Rosario y viceversa en febrero de 1969; trajo a mi abuelo Paco vivo en su Rastrojero azul, el miércoles 14 de junio de 1971, y lo llevó en un camión un rato agonizante y otro rato muerto al día siguiente; y trajo y llevó

a mi papá, a Viviana y Ricardito Machaín, a María Luisa y Nancy Castagno, a Guillermo Iglina, y a mí en el Citroën 2 cv, los días escolares de los años 1971, 1972 y 1973, a cursar los grados en la escuela n° 71 Juan José Castelli de Arroyito, en Rosario, cuando al doctor, al veterinario, al carnicero y al mecánico del pueblo, miembros notables de la progresía local, la n° 237 Froilán Palacios ya no les pareció suficiente instrucción para sus hijos.

Mi papá cargaba cada mañana a los seis niños en el Citroën, los depositaba en la escuela, iba al hospital Alberdi donde hacía la residencia oftalmológica, y los pasaba a buscar al mediodía para volver a La Salada. En el trayecto de ida y de vuelta por la invariable ruta 34 —Ibarlucea, Echeverría, arroyo San Lorenzo, gruta de la virgen— participábamos en un certamen de marcas de autos. Cada uno elegía dos, Ford, Chevrolet, Renault, Peugeot, Rambler, Valiant, Torino, Dodge, Siam... Amontonados en los asientos del Citroën, con los portafolios, las láminas y las canastas de viandas, debíamos sumar autos venideros durante los veinticinco minutos del trayecto hasta la entrada al bulevar Rondeau, donde la circulación volvía imposible vigilar dos calzadas y cinco adversarios, y nos ponía tanto en riesgo de sufrir trampa como ganosos de hacerla: agregar dos y hasta tres por uno en la confusión general. La competencia era idea de mi papá, quien jamás toleró ni un minuto de su vida sin acciones, pero los seis niños le agregábamos frenesí, manoteos y griterío. Casi siempre triunfaba Viviana Machaín: ya entrados en la ciudad

por calle Baigorria, su Siam di Tella hacía una diferencia indescontable en taxis rosarinos. Si por la mañana había estado duro en resquemores y equívoco en resultados, el juego podía alargarse y tomar nuestras tardes, cuando, con el afán de cruzar marcas en el moroso tránsito saladense, donde abundaban jinetes, sulkys y tractores, Viviana, María Luisa y yo recorríamos en bicicleta las calles, ya sea polvorientas o barrosas según el circuito que don Marino Serenelli cumplía al volante del regador comunal.

Por la ruta 34, en marzo de 1969, un camión de mudanza llevó mi casa rosarina a la casa del doctor Gómez Bolcato quien, a la busca de nuevos rumbos profesionales, buscó también un médico que lo sustituyera en su consultorio de La Salada. Ahí dejó una vitrina, una camilla, un escritorio y sillas metálicas, y la caverna del termóforo donde mi papá iba a seguir metiendo a los saladenses reumáticos o contracturados.

La casa era vieja, de la década del diez del siglo veinte. Tenía aberturas altas y angostas; la puerta de entrada de dos alas con su llamador, su manijón y rendija postal de bronce; a cada lado, las ventanas también de dos alas; y, a la izquierda, el garaje remodelado, con la cortina metálica que mi papá levantó la mañana del 15 de junio de 1971 para sacar el Citroën y auxiliar a mi abuelo Paco antes de comprobar que era su suegro, que su suegro moriría y que él debía decírselo a la Tata y a mi mamá. La fachada, con sus molduras de yeso y su cornisa ornamental, estaba pintada en un tono turquesa que

se descascaraba en un *pentimento* de amarillos y grises. Todas las paredes de La Salada le hacían los honores a su nombre, la humedad carcomía los revoques, y dejaba apenas por arriba de los zócalos, en el caso bastante excepcional de que los hubiera, unas nubecitas blancas de sal flotante que mi hermana rascaba y comía cuando escapaba gateando del control maternal. Las paredes de nuestra casa nueva, levantadas por el albañil Urbani y sus peones en la base de la plazoleta Sarmiento un par de años después, tampoco fueron excepción. Nadie se salvaba, ni ranchos ni chalets: con bombas eléctricas o manuales el agua salobre subía desde los pozos, impregnaba democráticamente las construcciones, opacaba el pelo, quebraba los jabones y taponaba con sarro el pico de la pava.

De un lado de la casa de Gómez Bolcato, en la medianera del garaje, estaba la Biblioteca Popular Almafuerte, regentada por Mari y don Roldán que tenían su vivienda al fondo y un patio lateral con el tero centinela. Al final de la cuadra, los Vesco, Eduardo —primo de Víctor, que por esos años ganaba la presidencia del club Rosario Central— y su mujer la Chiquita. Del otro lado, estaban don Marino y María Serenelli, y su hija adolescente Marina, y en la esquina sin ochava, los Marzoratti. Enfrente, al lado del descampado que fondeaba lo de don Rudecindo Cabral y doña Dominga, estaban don Isidoro y doña Lucía. Estos eran los vecinos de la casa a la que llegábamos la mañana de 1969, a algunos les cabía el don o el doña, a otros no, el distingo era completamente aleatorio, sin *necessary connection* ni por

edad ni por fortuna —«es patrón, oficial, dependiente o qué es», diría Carrasco—, y ya salían todos, prestos cual amish de Pensilvania, a bajar y trasladar nuestros muebles, colchones, canastos, cajas, valijas. Como si todavía les durara el asombro, esa disposición inmediata es lo primero que recuerdan mis padres a la hora de recordar La Salada; y los refrescos que les convidó Neli Lucas en su cocina de la estación de trenes el primer día, en febrero, cuando fueron a conocer el pueblo y giraron, démoslo por hecho, los 360° de su porvenir. Lo primero que yo recuerdo, en cambio, no es tanto la solidaridad instantánea de nuestros vecinos, sino el vaso de vino rosado Zumuva casi puro que me sirvieron los Serenelli cuando me sentaron a comer ese mismo mediodía a su mesa para que no molestara en la mudanza. Yo lo apuré trago a trago en silencio para, como se me había instruido, no llamar la atención de nadie, ni, entonces, de esos tres desconocidos obsequiosos. El vino del mediodía palió mi timidez y durante toda la tarde fui y vine de la casa Gómez Bolcato a la casa Serenelli llevando y trayendo mis muñecas, como ofrenda y gratitud, a medida que salían de las cajas. María, Marina y don Marino las recibieron encantados, les ofrecieron mate y les iniciaron conversación. En lo que yo llevaba de vida, nadie las había tratado con una cortesía tal.

III

DOS INUNDACIONES ANEGARON el pueblo a poco de instalarnos. Mi mamá ya había desplegado su plan de acción, y la vieja casa opaca de Gómez Bolcato brillaba en cada mosaico, madera, azulejo, grifería, loza, zócalo, lámpara, herraje, veta o cristal de cada cuadro o abertura y, si a las superficies de muros y techos les hubiera sido dada la propiedad física de la reflexión, también habrían brillado. Estaba embarazada de cinco meses, así que delegó parte de las tareas domésticas en Dora Ibarra. Dora llegó el primer día a husmear la mudanza y se quedó con nosotros hasta que nos fuimos. Era gorda y canosa, caminaba balanceándose y se paraba con los brazos en jarra, lista para objetar los dichos de cualquiera sobre cualquier asunto; en especial, y aunque tenía pocos que tratar, los de su marido don Pastor.

Dora cardaba colchones de lana, aireaba las motas hasta lograr la ligereza de la sal que cubría las paredes; y también los hacía, con sus cotines rosas o celestes, rayados, floreados o estampados de arabescos, marqueses y marquesas, pavos reales y faisanes. Apenas empleada en casa cosió uno pequeño para el moisés de mi hermana, que pronto derivó en jergón de nuestro perro el Robi, y luego un edredón rojo y gordo que atravesó generaciones. Mi mamá aborrecía el color rojo («animal que aborrezco») así que el edredón resultó, de

entre los mentises que Dora propinó en mi casa, el que la sobrevivió.

La primera inundación la vimos por la ventana, asombrados de la laguna súbita que nivelaba calles y cunetas, y de las olitas alarmantes que lamían la vereda y se propagaban en ondas transversales hacia el descampado de los Cabral, donde en las tardes de cancha seca los chicos jugaban a la pelota. La segunda develó cómo serían de mojadas en realidad las cosas: el agua hasta las rodillas adentro y hasta las verijas afuera, en la porción más baja de la cuadra que subía por la ladera de los Roldán de un lado y de los Serenelli del otro y se amesetaba en la cota de los Vesco y los Marzoratti. Unas colinitas envidiables, y hasta el momento por completo imperceptibles, de las que nosotros éramos el valle.

Hay que tener una casa inundada y una madre como la mía, cuyos estándares de higiene y prolijidad son los más exigentes del sistema solar, para hacerse una nimia idea de lo que trajo el grito con el que nos despertó don Marino esa madrugada de abril, un mes después de la mudanza: «¡Doctor, nos estamos inundando!». Fue escuchar, despertar, saltar de la cama y meter los pies en el agua, todo resuelto en una conmoción fulminante que, como en el luto de su vestido negro cuando iríamos a cruzar las vías, crecía hasta el paroxismo en el camión blanco de mi mamá. Miraba las únicas dos baldosas secas de su piso encerado, el empalme irregular que tanto la irritaba al barrer, las patas lustradas de sus muebles, de su moisés previsor; vaticinaba el barro, los bichos, las culebras,

los conos de hormigas, la marca del nivel de humedad en las paredes, los hongos negros, el musgo verde, los huevos de los sapos encimados como racimos de moras rosas en el cuarto del futuro bebé. Porque para su espanto, y el mío, ingentes colonias de sapos habitaban La Salada. En cada intersección del damero, en el círculo que trazaba el alumbrado público, un hervidero de centenas y centenas de sapos cazaba insectos hasta el fin de la noche, las lenguas largas y pegajosas al acecho de mosquitos, cascarudos, chinches verdes, polillas, mariposas. Durante el día, los que quedaban vivos desaparecían entre los yuyos de las cunetas; y los cadáveres frescos, también en centenas rojas y verdes, reventados por el paso resbaladizo de caballos, sulkys, tractores, chatas, el Citroën de mi papá, se disecaban al sol abrasivo del verano hasta quedar chatos y polvorientos en milímetros de gris, muy apropiados para optimizar la lámina escolar de «Los batracios» y de paso darle, en la Castelli, una revancha naturalista a nuestra también aplastada índole de alumnos pueblerinos.

La primera y única vez que mi papá agarró una pala fue en la segunda inundación de La Salada. La comuna, en la persona misma de su presidente Emilio Gardella montado en su caballo bayo, y comandando a los de tiro que remolcaban una chata, repartió bolsas de arena y ladrillos para cegar las aberturas. El sistema era bastante eficaz; aunque mi casa ya estaba inundada unos centímetros, la pequeña defensa podía atajar el aluvión de la crecida. Los vecinos, don Isidoro, don Roldán, don Marino, duchos en la emergencia,

la construyeron en nuestra puerta. De ahí en más, la tarea de mi papá fue sacar el agua a paladas. Lo hizo por horas y horas. Hasta que empezaron las filtraciones en las paredes, no se dio por vencido. Ya después, exhausto, se sentó a ver cómo el agua entraba a la sala de espera, al consultorio, se llevaba el dique comunal y corría por el corredor redundante, doblaba hacia los dormitorios, el comedor, la cocina y chocaba con el flujo que llegaba del patio después de anegar los surcos de la quinta incipiente que mi abuelo Paco empezaba a escardar en sus visitas dominicales, para sembrar zanahorias, zapallos, acelgas, lechugas, perejil, tomates.

Para entonces, mi mamá y yo ya estábamos en la meseta de los Vesco, secas, a salvo, y allí nos quedamos hasta que el agua bajó. Era la primera vez que entrábamos a esa casa, la mejor de la cuadra por lejos, con su jardín delantero y lateral bordeado de ligustros, propia del dueño del mayor almacén de ramos generales del pueblo y de los silos donde se acopiaba el cereal de la región. Mi mamá volvería allí muchas tardes a repujar cobre guiada por la Chiquita. Bajo sus enseñanzas, dio relieve al perfil de un centurión, con su casco y su penacho; a una flor de lis; a un carro romano con su cuadriga y su gladiador; y al marco de un espejo; estos dos últimos, de grandes proporciones, resultaron sus obras más ambiciosas. La técnica base de la Chiquita Vesco radicaba en el yeso con que rellenaba los huecos luego del repujado y antes de fijar el metal a la madera, para impedir eventuales abolladuras. Marcaba así su diferencia artesanal con las

hechuras industriales de moda entonces y, al coincidir con el esmero molecular de mi mamá, confirmaba para ambas el hallazgo de una amistad en la era saladense del cobre. Con el cuadro listo, labrado, enyesado, entintado y barnizado, mi mamá, o la misma Chiquita, me invitaban a hundir los tres pétalos de la flor de lis o la nariz del centurión para presumir de la resistencia heráldica y concreta de un metal química y prehistóricamente maleable.

Con el correr de los días, bajo el cielo y el sol esplendentes de principios de otoño, la segunda inundación se tornó improbable y eterna, estancada en un mismo nivel. Patos y gansos que, lejos de estar en los gallineros, transitaban libremente las calles del pueblo, ahora las nadaban con igual parsimonia y mayor garbo. Yo los miraba pasar desde la ventana de los Vesco, en fila ancestral tras su mamá pata, mientras la mía labraba una a una las crines metálicas de un caballo imperial.

El arroyo La Salada, más allá del teatrillo de la Virgen, que recibe y conduce el agua de la zona hacia el San Lorenzo para derramar en el Paraná, había desbordado su caudal en el pueblo. La elevación de la ruta 34 lo detenía como en una represa. Después de mucho deliberar en el salón comunal, los pobladores decidieron cortar la ruta, primero en un piquete simbólico para detener el tránsito y luego literalmente para abrir un canal de desagüe. Con picos y palas se dieron a sí mismos una obra hidráulica de urgencia que ningún ingeniero de ningún ministerio de ningún gobierno les había construido ni les iría a construir en años.

Después de la inundación hubo una campaña de vacunación antitífica. En el pueblo no había cloacas ni agua potable y en el cementerio, pegado al arroyo La Salada, el nivel había alcanzado dos nichos de altura y tapado la totalidad de las tumbas, por lo cual los riesgos de contraer tifus eran altos. Mi papá y mi mamá —que en cantidad de ocasiones iba a oficiar de enfermera, secretaria, instrumentista y hasta de acompañante terapéutica— pincharon subcutáneamente a lo largo de varios días unos seiscientos brazos saladenses, de manera tal que al mes de estar instalados mis padres conocían, si bien con cierta prisa y en foco cenital, a casi la totalidad de la población, y casi la totalidad de la población conocía a mis padres, en un ángulo contrapicado de mayor detalle. Esa notoriedad no iba depender tanto del encanto personal de ellos dos, sino más bien del lugar público que la sociedad saladense les otorgaba al médico y su señora. Médico, presidente comunal, comisario, directora de la escuela, cura y juez de paz eran y procedían como instituciones ambulantes, aunque sus atribuciones formales concluían donde empezaban, de hecho, las de los hacendados y comerciantes.

IV

AL AÑO DE llegados mi mamá pronunciaba un discurso en el escenario del salón comunal, como madrina de los conscriptos clase 1951, en un acto de despedida con cena y baile que en nada mermaba la desazón de ingresar al ejército argentino; y mi papá ya era presidente de la Biblioteca Popular Almafuerte, y se preparaba para jugar algún rol en la política local. Aunque habían tenido primero sus compromisos y luego, como era de rigor entonces, sus disidencias con el Partido Comunista, este acontecer público de mis padres habría sido impensable en otros tiempo y lugar que no fueran el inicio de la década del setenta en La Salada, donde una fuerte tracción comunitaria tramaba la vida diaria y, a su vez, favorecía los proyectos colectivos. Todo era más o menos viable a condición de que se lo ideara. E ideas no faltaban, bullían en las mentes pueblerinas como las mandiocas del manco Luisser en las marmitas de Horacio Quiroga. Según mis padres, jamás se divertieron tanto tan al margen del mercado de distracciones. El invierno caliente en la cuadra de la panadería Marsili (una institución decisiva en el *habitus* saladense): la amasadora, las balanzas, los rodillos, el carro bandejero, las paredes, el piso, todo blanqueado de capas y capas de harina, los pavos dorándose en el gran horno, la mesa larguísima en cuya punta se jugaba al chinchón o a la escoba de quince y se discutían

y organizaban eventos y presupuestos, el Nescafé batido por Neli Lucas hasta la consistencia y el color de un perfecto *café crème*, mi hermana dormida en una canasta de pan.

Como en La Salada no había un cura residente y solo una misa de sábado que el cura viajero oficiaba a las apuradas entre uno y otro horario del colectivo Gral. Güemes, el momento de mayor algarabía religiosa, cuando la iglesia le ganaba la partida a las instituciones civiles, era las fiestas patronales del 16 de agosto, día en que san Roque daba su vuelta anual por las calles del pueblo, con sus harapos, su bordón y su can, mostrando su pierna herida a cielo abierto. Salía desde 1937, cuando después de siete años de construcción se inauguró y se consagró a su nombre el edificio del templo: techo a dos aguas, puerta mayor a dos postigos, frontis sencillo con el vitral de Roque, una única campana sobre el remate y en lo alto la cruz de cemento, donde un hornero anidó un buen día a perpetuidad.

Mis padres no participaban de la procesión —falta que los fieles dispensaron para poder confiar en su único médico— pero a mí no me lo prohibían. Yo iba con las damas Serenelli, María y Marina, madre e hija. La campana tocaba a vuelo y la gente se encolumnaba para salir de la parroquia con el santo y el cura a la vanguardia. Los varones devotos de más nombre y fortuna, comerciantes, funcionarios, hacendados, se turnaban para cargar a Roque. Días antes, bajo el mando laico de Dominga Cabral, que hacía las dos lecturas bíblicas en las misas del cura viajero, las damas le habían plumereado el polvo y las telas de araña, sobre todo las más

visibles que bajaban de la aureola y del bordón hasta la cabeza y los hombros, y de los harapos hasta el hocico del perro, y cuyos restos, si las damas no habían sido lo suficientemente escrupulosas, y nunca lo eran, relumbraban al sol oblicuo de agosto. Mi mamá reprobaba ese descuido que, velado bajo techo durante todo el año, paseaba ahora su sacrilegio a la vista directa y vertical de dios y ante la indiferencia general de los devotos. Cuando la procesión pasaba por nuestra puerta, mi mamá reprimía el impulso de salir, gamuza en mano, a sacudir a Roque, al perro y a los burgueses que los cargaban —sus trajes radiantes de pelusas añejas—.

El recorrido era amplio, en un único día, una sola vez al año, Roque iba, aunque de pasada, casi a cada domicilio: cruzábamos la vía por el paso a nivel bueno y regresábamos por el paso a nivel malo después de culebrear por las calles, siempre a rezo sostenido por las cuentas de los rosarios. Las mujeres cubrían sus cabezas con mantillas hiladas por sus propias manos y los varones se quitaban gorra y sombrero. Los niños corrían carreras entre el paso lento de los caminantes o jugaban a las escondidas bajo el manto del tablado de Roque, levantando un tierrero que encapsulaba a la multitud en una esfera de polvo como si fuera, a escala de un recuerdo de viaje, una esfera de nieve recién sacudida; y no faltaba el extremista que, por alguna promesa secreta o plegaria atendida, sobreactuaba arrodillado toda la procesión, ralentizaba la marcha y provocaba cuchicheos de reprobación generalizados que entrecortaban la letanía del rosario.

A excepción de don Marino, mi papá, mi mamá y el tío Rafael, que vivió con nosotros luego de la muerte del abuelo Paco, nadie le faltaba a Roque cada 16 de agosto, y hasta los misántropos metían ese día una tregua litúrgica en su islote abismal. El tío Rafael era el hermano mayor de la Tata; mi mamá, su única sobrina mujer y, muy por lo tanto, su preferida. Llegó de Buenos Aires a Rosario por un par de días, cosa de asistir al entierro del cuñado, pero terminó quedándose una larga temporada en La Salada con el propósito de aliviar, como si un padre, el duelo huérfano de mi mamá. De paso, monitoreó el fin de obra de la casa nueva, bien plantada ya en el lado corto de la plazoleta isósceles Sarmiento, enamoró a las viudas y solteronas viejas del pueblo, y presupuestó a pérdida sus servicios de pintor de brocha gorda. El año 1972 el tío Rafael pintó de amarillo los muros exteriores de la escuela Froilán Palacios que, como todos, y aunque él vaticinara una victoria Sherwin Williams por sobre la humedad ancestral de La Salada, a poco comenzaron a descascararse y a nublar sus zócalos de sal. «Los hechos van a hablar», repetía el tío Rafael ante toda advertencia, confiado en que los hechos, los ariscos hechos, los ingratos, le darían la razón.

A Marina y a mí nos encantaban las procesiones, y no por alguna fe en nuestro patrono, cuyo milagro más renombrado, y no demasiado filantrópico, hay que decirlo, fue curarse a sí mismo de la peste con el auxilio del perro. A lo sumo apelábamos a su nombre en el «san Roque san Roque, que este perro no me mire ni me toque» cuando alguno de los

muchos que andaban sueltos, librados, en La Salada, de oficiarles de mascota a sus amos, nos toreaba el paso o la bicicleta. El circuito de Roque propiciaba buena cantidad de flirteos. Marina, cinco años mayor que yo, su chaperona estable desde nuestro primer día, ponía en observación y en vilo tanto a los Darcy como a los Bingley sin decidirse ni por unos ni por otros. El peregrinaje de Roque era la travesía romántica ideal por un mar de insinuaciones y equívocos (y de polvareda también) solo disipados, en su recto sentido y anhelo, por la noche, en la cena-baile del salón comunal.

Mientras la procesión ganaba las calles, en la casa Avaro se convenía que, lo más justo desde todo punto de vista, incluido el católico apostólico romano, habría sido, más que a Roque, santificar al perro. El tío Rafael especulaba que algún imaginero, Estanislao González, por ejemplo, el abuelo del poeta preferido de mi casa («—Toca la gaita Domingo Ferreiro,/ toca la gaita... Non queiro, non queiro»), tallara la madera hasta lograr un perro de grandes proporciones, con la aureola en su cabeza y la rosquilla en la boca, y, a su lado, un Roque mucho más pequeño, en una escala alegórica inversa, estirando manos, bordón y mirada hacia arriba; pero ya no hacia el Padre celestial sino, más concretamente, hacia la rosquilla salvadora. Hasta mi mamá se ofrecía a reparar la iniquidad, repujar el perro en cobre, darle el relieve, el yeso, la tinta y el barniz merecido, y donarlo a la iglesia.

Después de estas gracias blasfemas con las que se entretenían los mayores en la tarde feriado de Roque, nos

aprestábamos para la cena-baile, a la que, en cinco años, solo faltamos, suspendidos en el reciente Maelström del duelo, el 16 de agosto de 1971. Mi mamá llevaba también a mi pequeña hermana que, si en la cuadra de la panadería Marsili dormía en una canasta de pan, en el salón comunal lo hacía en el regazo de cualquiera. Al final de la fiesta, cuando las galas, los trajes, cuellos, solapas, chalecos y botamangas, los vestidos, plisados, puntillas, volados y entredoses lucían mustios por el frenesí de la danza, por los estrujones furtivos o, simplemente, por el paso de las horas, mi mamá rastreaba a mi hermana entre las mesas, hasta encontrarla en los brazos de Dora, María o don Marino, los últimos depositarios de la noche, tan cercanos, tan confiables, ya medio dormidos también ellos.

Aunque el 16 de agosto era la celebración más trascendente, nunca faltaron en el pueblo ocasiones para festejar y recaudar fondos cooperadores con almuerzos y cenas comunitarias, asado con cuero, locros y empanadas, tómbolas vespertinas de chocolate, churros y pastelitos, domas y jineteadas de potros y vacas, bailes y kermeses dominicales con números infantiles que, por turnos, y con la aparición del hijo propio, solo los padres disfrutaban. En un listado pintoresco incompleto pero concesivo en su color local, no deberían faltar las Fiestas Vascas, animadas por la actuación callejera de Los Alegres Orensanos. A mediados de la primavera, los orensanos llegaban desde Rosario en un camioncito, ya ataviados con sus camisas y pantalones blancos, boina, faja y pañuelo al cuello rojos, y chaleco negro, para recorrer el pueblo y hacer sonar

gaitas, clarinete, txistus, acordeones y tamboril, en notas generalizadamente españolas que, al limitar su radio de influencia gallega, comprendían a navarros, asturianos andaluces, catalanes y... a los vascos Aertio, artífices de la romería local.

Los orensanos competían palmo a palmo con el itinerario de Roque pero, a diferencia de él que, en lo alto del tablado y suspendido en la gloria que le dispensaban sus seguidores, no se detenía hasta estar de regreso en su altar, ellos paraban un buen rato en la comuna, en la comisaría, en la casa del juez de paz, en la del doctor, para musicalizar la jota de las niñas saladenses, ataviadas también ellas con trajes típicos, y bien entrenadas, durante todo el año, en coreografías y castañuelas por la profesora de danza española que, como el cura viajero a dar misa, llegaba cada sábado a dar clases en la cuadra de la panadería Marsili. Mi mamá cosía con equidistancia nuclear las franjas de lentejuelas a sus canutillos, las negras en el delantal negro, las rojas en la pollera roja, para que, en el revoleo ibérico, yo gastara la suela de mis zapatillas, como, en sus noches subterráneas, las doce princesas de los hermanos Grimm. (A fuerza de repetirlo y adornarlo, mis padres crearon el mito de mis zapatillas gastadas. Ese y todos los que ahora cuento. Los años costumbristas de La Salada).

Muchas de estas fiestas comunitarias las organizaba la Biblioteca Popular Almafuerte que, al menos en la primera mitad de los años setenta, era la institución cultural más activa. En 1870 Sarmiento (¿quién si no?) sancionó y promulgó la ley 419 por la cual se establecía una Comisión Protectora

de Bibliotecas Populares y se destinaba un auxilio en metálico para aquellas «establecidas o que se establezcan en adelante por asociaciones de particulares en ciudades, villas y demás centros de población de la República». La de La Salada se fundó en 1939 y, según Rosa Zurlo de Facca, llevó el nombre de Almafuerite como «sentido homenaje al gran poeta argentino que, no se sabe por qué extraños motivos, fue muy leído y divulgado en el pueblo de Luis Palacios». Cuán leído habrá sido Almafuerite en La Salada hacia el año 39 del siglo pasado es un misterio solo comparable al de esos «extraños motivos» que, según mi maestra, lo transformaron en el *bestseller* comarcal. Probablemente el patronímico de Luis haya incidido para que Pedro Bonifacio Palacios, que no guardaba ningún parentesco con aquel, diera el nombre de su alias a la Biblioteca; pero más probable aun es que nada extraño, ningún otro motivo que la popularidad rugiente de Almafuerite haya decidido «el sentido homenaje» de los lectores saladenses de entonces. De hecho, en el sitio web de la CONABIP, la Comisión Nacional de Bibliotecas Populares, pude comprobar hoy que solo Sarmiento, Moreno, Belgrano y José Hernández le ganan la partida a Almafuerite («No te des por vencido ni aun vencido...») en cuanto a nominaciones de bibliotecas populares argentinas.

La sala de lectura de la Biblioteca estaba al lado de la casa del doctor Gómez Bolcato, en la casa que habitaban los Roldán. Mari era su bibliotecaria y atendía a los lectores en todo horario con los mismos esmero y delicadeza con que trataba los

libros. La sala era hermosa, tenía tres grandes ventanas, dos a la calle y una tercera lateral hacia al patio de los Roldán, que echaban luz sobre una enorme mesa de madera central y sobre dos escritorios ubicados perpendicularmente en sus extremos. Todas las paredes del techo al piso estaban cubiertas de anaqueles vidriados, si uno se sentaba a leer quedaba rodeado de unos cinco mil libros y de un silencio aurático solo interrumpido por las pisadas leves y sincopadas de la renguera de Mari o por su tero guardián, que gritaba agudo al paso de cada transeúnte. Sobre esos escritorios, por las tardes, la comisión juvenil de la Biblioteca, cuyo presidente era Rubén Gardella, nieto de Emilio, el jefe comunal, catalogaba los libros en los pesados tomos registrales que don Roldán bajaba de los estantes altos los días de tarea. Ese es mi mito feliz de La Salada, agarrar un volumen de la pila que Mari disponía para nosotros, anotar en los registros con buena letra número, autor, título, editorial, lugar, fecha... y estampar dos sellos culminantes en la página de cortesía de *Padres e hijos* o de *El doctor rural*. Uno ovalado,



Y otro rectangular:

*La delicadeza de la per-
sona se revela en el trato
que da al libro*

*son muchos que leen este,
CUIDELO!*

Para el 1 de agosto de 1970 la Biblioteca organizó un baile con el sempiterno propósito de recaudar fondos: tocaron Los Náufragos. Habían editado sus dos primeros LP en 1969, con éxitos rutilantes como «Otra vez en la vía», «Yo en mi casa y ella en el bar» («dice que estudia filosofía...») y el inoxidable «Zapatos rotos», que cualquier argentino mayor de cincuenta años hoy puede cantar entera. La empresa era arriesgada, implicaba traer a la banda más popular del momento al pequeño escenario del salón comunal (arriba, en el relieve de yeso y en mayúsculas, la inscripción celeste de «BIENVENIDOS»). Los Náufragos hacían valer su éxito en pesos contantes y más sonantes que «Vuelvo a naufragar», y su agente se comportaba como si fuera el mismísimo Brian Epstein. Las negociaciones fueron complejas pero efectivas. Y con la rúbrica final del contrato, la ansiedad de los integrantes de la comisión, sobre todo la del tesorero don Tisera, no hizo más que crecer. Desde el 29 de julio, como si

respondiera a esa ansiedad, la temperatura subió de manera asombrosa hasta llegar a los 30 grados en pleno invierno. La probabilidad de que la tormenta de Santa Rosa se adelantara casi un mes era increíble pero alta, y hasta que Quique Villanueva no gritó su «siisavade saca uh uhuh... Ven... que yo te quiero ver bailar» en un salón comunal seco, colmado y frenético de gente de toda la región, nadie respiró.

El baile fue un éxito y la recaudación, salvadora, para una Biblioteca que recibía un subsidio anual de 60 pesos ley 18.188, unos 15 dólares actuales, con los que, sumados a la casi simbólica cuota social, debía pagarse el salario de Mari Roldán, la mantención del inmueble y la compra de nuevos libros, como gastos de base. Sin otras fuentes de recursos la Biblioteca se hacía inviable, así que, además de cenas y bailes, la comisión, reunida cada semana por las noches en la sala de lectura, organizaba buena parte de los eventos sociales y culturales del pueblo —los religiosos quedaban a cargo de la comisión parroquial, y los deportivos, del club Los Once Unidos, cuyo equipo jugaba, mal que bien, en la Liga Totorense de fútbol—.

En 1972 la Biblioteca inició la publicación de un *Boletín*, tipiada cada letra por Marina, su secretaria, en hojas tamaño oficio, impresas en mimeógrafo y abrochadas, que se repartía gratis a la centena de socios. El primer editorial «Nos presentamos» decía así:

La Comisión Directiva de la Biblioteca Popular
Almafuerte cree cumplir un deber con los fines a

los cuales esta institución está dedicada, poniendo en vuestras manos estas humildes páginas [...] Aspiramos a convertirnos en voceros de todas las inquietudes, haciendo centro especialmente en las de índole cultural y educativa [...] Nuestros artículos estarán animados de un deseo superior de ser útiles a nuestro querido pueblo; es por ello que no rehuiremos la crítica, cuando nos parezca conveniente, ni tampoco la polémica, si esta contribuye a ofrecer más luz sobre la cuestión de que se trate [...] En este primer número queremos destacar especialmente que este año 1972 es el año del centenario de la aparición de nuestro máximo poema nacional el *Martín Fierro*.

Lo escribió mi papá; y también la carta pública con la que la Biblioteca respondía a exigencias burocráticas del ministerio de Educación nacional; consta de varios puntos, aquí algunos:

1) Cuando en 1969 nos visitó una inspectora —una de las tantas burócratas que viven a expensas del sudor y el esfuerzo del pueblo argentino— y luego pasó un falso «informe» sobre que no figuraba el cartel anunciando que somos una Biblioteca subsidiada por el Gobierno Nacional, no quisimos contestarle, por deferencia al país que no merecía la contestación que estábamos dispuestos a darle.

2) Cuando en octubre de 1971 recibimos el subsidio correspondiente a 1968 —3 años de retraso— consistente en \$64,35, que no alcanzaba ni para comprar el diario, tampoco pusimos reclamos nuevamente en aras de mantener vínculos, que no nos

interesaban, pero que podían servir para el día que hubiera otra sensibilidad en esas esferas superiores.

[...] Contestamos!:

Que la Biblioteca, como tantas instituciones populares y culturales a lo largo y ancho de nuestro país, se mantiene gracias al esfuerzo del pueblo que les ha dado origen.

Que con dicho dinero no solo no repusimos ningún libro, ni realizamos acto cultural alguno, sino que no alcanzó ni para comprar plumeros con que sacarles la tierra [...] Que NO llenaremos la planilla de gastos porque hacerlo es un agravio a la memoria tan querida de Sarmiento.

Que reclamamos, porque tenemos derechos, que el subsidio se aumente adecuadamente y se cobre en fecha, como lo hace el Sr. Ministro de Educación y los funcionarios dependientes con sus sueldos mensuales.

Que seguiremos bregando por la cultura popular, desde nuestras humildes trincheras a pesar de aquellos que se dicen sus ejecutores pero que en los hechos son sus verdugos.

El *Boletín* publicó cinco números. Aunque mi papá era el editor y el redactor principal, no faltaban colaboradores, Rogelio Morón, Edith Aranda, José Tricárico, Oscar Roldán, Pepe Cabral, Marina, mi mamá; entre las notas, «El acceso al pueblo», «La inundación», «Teléfono. Estancamiento de las gestiones», «El acceso pavimentado», «Refacción de la escuela», «Las vacunas», «La recolección de residuos»,

«Cosecha de trigo y perspectivas del maíz», «El club ‘Los Once Unidos’», «Crónica de la cena y baile», «Egresadas de dactilografía», «El folklore argentino», «Breve semblanza de Horacio Quiroga» seguida del cuento «A la deriva», «Breve semblanza de Alfredo Bufano» seguida del poema «Nevada», «Remembranzas», «Intermedio literario», «El quinto centenario de Copérnico».

V

EN EL ÚLTIMO número del *Boletín*, que dejó de salir cuando mi papá renunció a la presidencia de la Biblioteca y a la comisión comunal y nos fuimos de La Salada, hay una breve crónica de las elecciones del 11 de marzo de 1973. Sobre el final aparecen los resultados de la comuna de Luis Palacios: Frejuli 298 votos, Partido Justicialista 237 votos, Demócrata Progresista 187 votos, UCR 123 votos. La nota sin firma, pero de autor evidente, se cierra con esta previsión que yo subrayo:

Al momento de escribir estas líneas no sabemos cuál será la composición de los cargos en la futura Comisión de Fomento, pero las personas elegidas tendrán un severo compromiso para con sus electores y deberán desarrollar una administración progresista, acorde con los tiempos que vivimos.

A nivel nacional, mi casa votó en bloque a Juan Carlos Coral, del Partido Socialista de los Trabajadores. De sus 73.796 votos totales, 6937 votos provinciales, 280 votos departamentales y 4 votos locales, 3 son de mi mamá, mi papá y el tío Rafael, que ofició de fiscal de mesa en la escuela, descascaradas ya sus paredes amarillas en capas de colores arcaicos. Gracias a Roque Sáenz Peña, el cuarto enigmático votante del PST en La Salada preservará su identidad hasta el fin de

la historia, a pesar de mi familia que pasó días especulando sobre ella.

A nivel local, en cambio, mi papá encabezó una lista del Partido Demócrata Progresista en una coalición con independientes. La primera intención de esos independientes fue armar un partido vecinal para competir con el candidato de Emilio Gardella, que iba en la lista del Frejuli, pero no dieron los tiempos electorales. Gardella era radical, había sido elegido por voto popular en 1965 y, con el golpe del 66, nombrado interventor y, al parecer, sin que Onganía lo hiciera titubear. Fue presidente comunal de La Salada por ocho años —y aun lo había sido antes en el período 1960-1963—, una permanencia inusual para un cargo renovable cada dos y, según el republicanismismo de mi casa, caudillesca.

En la Ley Orgánica de Comunas, las comisiones de fomento en pueblos de menos de 1500 habitantes como La Salada, se componen de tres miembros titulares y tres suplentes, presidente, vicepresidente y tesorero, designados por voto popular y con mandato por dos años. Los cargos no se eligen de manera directa, los primeros candidatos de las primeras minorías forman la comisión comunal y se reúnen para decidir su distribución —en 1973, según las proporciones del sistema d'Hondt que regía desde octubre de 1972, cuando Lanusse definió por decreto, y en el contexto del Gran Acuerdo Nacional, las bases de la ulterior contienda democrática—.

La campaña electoral de La Salada fue dura pero no perdió nunca su ligereza pagochiquense. Si el volantito repartido

en la mañana en los almacenes de ramos generales o el afiche pegado en la noche en los árboles de las plazoleas denunciaban que don Tal había construido su casa con dineros y materiales públicos, y a costa del trabajo de los empleados comunales, eso no impedía que por la tarde don Tal tomara unos tragos en el almacén de Anita Barile con don Cual, el mismísimo autor del panfleto. En mi casa se entonaron entre risas durante toda la campaña —y siguen entonándose entre risas hasta el día de hoy en un homenaje perpetuo al adversario político y, por su intermedio, a nuestra vida en La Salada— estas variaciones yupanquianas: «Las penas y las vaquitas/ se van por la misma senda./ Las penas y las vaquitas/ se vaaaaan por la misma senda./ Las penas son de nosotros/ las vaquitas de Gardella».

El día de la elección, el Frejuli organizó su palpitante asado de espera en la esquina de nuestra casa nueva, en lo de don Cabral, que era un incondicional de mi papá, pero no podía negarle a Gardella el uso de su descampado. A medida que el almuerzo de los rivales se alargaba en la tarde, y crecía en boca de urna y en jolgorio, don Cabral cruzaba hasta casa y advertía, acentuando cada vez más el vocativo, «vamos mal, doctor» y al rato «vamos muy mal, doctor» y al rato «peor no podemos ir, doctor», hasta rematar a las 18 horas, en el cierre de los comicios: «nos ganan por la mierda, doctor». Y así fue, la noche del 11 de marzo, la caravana de festejos pasaba por nuestra calle con una mayor y significativa frecuencia que por otras, mientras en mi casa se revisaban una y otra vez

los punteos del padrón electoral, se auscultaba el corazón de cada nombre y apellido con el estetoscopio de mi papá, y se susurraba más que nunca el estribillo de la derrota: «las penas son de nosotros/ las vaquitas de Gardella».

El 26 de mayo de 1973, después de la histórica asunción de Cámpora el 25, los representantes de las tres minorías fijadas por el sistema d'Hont, Roberto Roth, el candidato del «continuismo» por el Frejuli, Gabriel Biagetti por el Partido Justicialista y mi papá por el Demócrata Progresista, se reunieron en la Comuna para elegir las nuevas autoridades. La situación soliviantaba a los vencedores porque ponía en un «está por verse» todo el proceso electoral. Puestos a votar en la primera ronda al presidente de la comisión de fomento, Roth se votó a sí mismo, don Biagetti también se votó a sí mismo y mi papá lo votó a don Biagetti, con lo cual, el que había salido segundo resultaba ganador por decisión del que había salido tercero. Para entonces, las penas ya eran bastante menos de nosotros y bastante más de Gardella, aunque es claro que él retenía las vaquitas. En la segunda ronda, en la del vicepresidente, todos lo votaron a Roth, y el cargo de tesorero quedó para mi papá, que en su gestión pública inaugural convenció a don Biagetti para que nombrara a Marina Serenelli como secretaria de la comuna después de que una auditoría suspendiera a la anterior.

Marina tenía 17 años, los cumplía el mismo día que yo. A los 13 la habían operado del corazón con alto riesgo de vida. Una cicatriz partía en dos su pecho y el pelo negro, mucho

y largo sobrepasaba el largo de la cicatriz. Lo usaba a diario alzado en una cola de caballo. Juntaba lluvia en un fuentón metálico para lavarlo y preservar su brillo de las aguas duras del pozo. Sólo lo soltaba para la vuelta al perro dominical, cuando íbamos a sentarnos sobre los caños de la baranda en la estación de tren. Desde el día que asumió como secretaria de la comuna a mediados de 1973 hasta que murió el 4 de enero de 2004, toda la administración pública de La Salada pasó por sus manos.

Con su entusiasmo editor siempre listo, y junto a Marina en su nuevo cargo, mi papá ideó una nueva publicación de distribución gratuita para informar y transparentar los actos de gobierno. Se iba a titular *Vida comunal. Boletín informativo de la Comisión de Fomento de Luis Palacios*, y ya tenía su índice más o menos armado (el editorial «Razón de ser», y los reportes «Comisión vecinal de La Salada», «Teléfonos», «Nueva secretaria», «De todo un poco - Comunales», «Presupuesto - Tasa por ha.») pero hacia la fecha de redacción del primer número, en enero de 1974, los proyectos familiares variaron y ya estábamos en tránsito hacia un nuevo destino después de haber sopesado varios. Mi papá renunció entonces al cargo de tesorero comunal, que cubrió Tetén Bozicovich, su compañero de ruta más cercano en la campaña del 73, y se abocó, bajo el mando de mi mamá, a los preparativos de la mudanza.

VI

POR UN HÁBITO arraigado en el desajuste estructural entre el tamaño del pueblo y el de las ambiciones individuales (pequeño el uno, enormes las otras), los delicadísimos habitantes de La Salada ofrecían, en el salón de la comuna, un asado oficial de despedida a los médicos que periódicamente los abandonaban para seguir su escalada profesional. Se vendían las tarjetas de la cena con anticipación («se ruega traer servilletas y cubiertos»). El día fijado se carneaban las vaquillonas al amanecer y, al mediodía, después de salarlas y adobarlas, ya se estiraban sobre las parrillas engrasadas y humeantes y bajo las chapas ardientes. Los cinco o seis asadores se turnaban para vigilar, durante horas, el calor y el color de las brasas, el dorado de la carne y, hacia el atardecer, el nivel del vino tinto de sus vasos. Las mujeres limpiaban y lavaban la lechuga, el tomate en los grandes fuentones comunales, pelaban y cortaban la cebolla, mezclaban la vinagreta y llenaban las ensaladeras que cada una traía de su casa. Los hombres disponían los tabloncillos y caballetes en paralelo a cada una de las cuatro paredes del salón para formar un rectángulo por donde los chicos corretearían la noche entera, fijaban con chinchas a la madera los manteles de papel blanco, distribuían los platos blancos de loza gruesa y los vasos verdes de vidrio grueso;

acomodaban las sillas de metal, medio oxidadas, medio chirriantes en el desplegado.

La única variable en la cena de despedida de mi familia fue que nos sentaron a nosotros cuatro en la mesa principal, de espaldas al escenario, por lo que, en su momento, se nos dificultó seguir los discursos y a la vez observar a los oradores —uno de ellos, el más exaltado, el hipocondríaco, tenía trato semanal con mi papá y mi mamá—. Todos los demás comensales se ordenaron según afinidades y rencores tan enraizados como la tradición de celebrar a su médico. Y luego: caracteres típicos en circunstancias típicas; el bullicio de las charlas bajo la tirada de tubos fluorescentes; el pergamino de grandes proporciones pasando de mano en mano para el cumplido y la firma testimoniales; los brindis, las mismas breves palabras codificadas, propagadas, entonadas y vueltas a entonar por siglos y siglos de retórica desde el día que se le impidió a Cicerón pronunciar las suyas ante la asamblea popular romana.

Un par de semanas después de la despedida oficial, el 27 de setiembre de 1974, mis padres metieron nuestra casa en el camión de Tetén y se mudaron a Rufino, donde abrirían su primer consultorio oftalmológico. El camión ladeó la plazuela isósceles Sarmiento seguido por el Citroën gris. Pasaron por delante de la caja de crédito, la carnicería de Santos Castagno, el almacén de ramos generales de Breciaroli, el taller mecánico de Iglina, la oficina de Macat el juez de Paz, la comisaría, el paso a nivel bueno del oeste (arremolinados camión y

Citroën, por última vez, en el Maelström de nuestra familia), el bar de Brarda, la plaza equilátera Froilán Palacios, el almacén de Ramos Generales de Mazzetti, el bar de Anita Barile, el club Los Once Unidos, y salieron a la ruta 34. En el cruce con la última calle interior, a la altura de la gruta de la Virgen, en el punto justo en que el camión de Tetén y el Citroën dejaban el pueblo atrás, don Marino detuvo el regador comunal, cerró la salida del agua, se paró sobre el asiento del tractor, se quitó su sombrero de paja y lo agitó para saludar.

Rosario, abril de 2017



AGRADECIMIENTOS

A María Serenelli.

A Griselda Barile, por su compañía en la búsqueda de archivos locales.

A la Comuna de Luis Palacios.

FUENTES

Caldcleugh, Alexander, *Viajes por América del Sur*, traducción de José Luis Busaniche, en línea en: <http://www.argentinahistorica.com.ar>

Carrasco, Gabriel, *Descripción geográfica y estadística de la provincia de Santa Fe*, Rosario, Imprenta de Carrasco, 1884.

Carrasco, Gabriel, director y comisario general, *Primer Censo General de la Provincia de Santa Fe 1887*. Padrones con Información Nominativa. Archivo General de la Provincia de Santa Fe. <https://www.santafe.gob.ar/censo1887/censo.php>

Luis Palacios. Revista 115 Aniversario, 1891-2006, Comuna de Luis Palacios, 2006.

Moriconi, Miriam y Caldo, Paula, *Vivir para contarlo, Memorias e indicios visuales del pueblo Luis Palacios (Estación La Salada)*, Rosario, Prohistoria Ediciones, 2006.

Paz, José María, *Memorias de póstumas del brigadier general D. José María Paz*, Buenos Aires, Imprenta de La Revista, 1855.

Reati, Atilio, *Camínos de hierro. El desarrollo del polo ferroviario de Rosario y su zona desde 1854 hasta finales del siglo XX*, Editorial Municipal de Rosario / UNR, 2004.

Zurlo de Facca, Rosa A. (ed.), *Herencia abierta: investigando el pasado, recordando el presente, Escuela n° 237 Froilán Palacios*, 1989, mimeo.

NORA AVARO

Nació en Rufino, Santa Fe, Argentina, en 1961. Publicó *Denuncialistas. Literatura y polémica en los '50* (en colaboración con Analía Capdevila, 2004), *La enumeración. Narradores, poetas, diaristas y autobiógrafos* (2016, 2020), *Un arte vulnerable. La biografía como forma* (con Judith Podlubne y Julia Musitano, 2018, 2020). Editó y prologó la *Obra poética y pictórica de Emilia Bertolé* (2006, 2019) y *Conocimiento de la Argentina. Ensayos literarios reunidos de Adolfo Prieto* (2015). Da clases de Literatura Argentina en la Universidad Nacional de Rosario.

Contenido

En La Salada	7
I.....	13
II.....	23
III.....	31
IV.....	37
V.....	51
VI.....	57
Agradecimientos	61
Fuentes	61
Sobre la autora	62



Este libro,
tanto en su versión impresa como digital,
se terminó de componer en Santiago de Chile,
en las oficinas de
bulk editores
el 31 de julio de 2022.

Para el interior,
se utilizó la tipografía EB Garamond
(de Georg Duffner)
en sus tres variantes principales (12 / 17)
y la familia IM Fell DW Pica
(de Iginio Marini),
que también aparece en la cubierta.



una idea,
un fragmento,
una lista,
unos versos,
un texto que no termina
y sin embargo empieza,
un gesto,
un resplandor, un decir,
algo inconcluso
que habla

Ñuñoa • Santiago de Chile
2022

ISBN 978-956-6162-04-9



9 789566 162049